

RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

III.- VED Y GUSTAD (DON DE ENTENDIMIENTO)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

Como estamos reflexionando en estos retiros, en nuestra vida de fe, en general, sabemos y conocemos mucho sobre Jesús como Hijo de Dios; del Padre también lo conocemos por que Jesús nos lo ha dado a conocer, nos resulta bastante familiar, pero acerca del Espíritu Santo, más allá de afirmar que es la tercera Persona de la Santísima Trinidad, que creemos en Él, muchos de nosotros no nos atreveríamos a entrar en detalles.

A muchos nos ocurre lo que a aquellos discípulos que Pablo encontró en Éfeso (cfr. Hch 19, 1-7), a quienes preguntó: “¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe?” Ellos respondieron: “Ni siquiera hemos oído hablar de que exista un Espíritu Santo”.

Por eso, necesitamos aumentar el trato con la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, para caer en la cuenta de que la manera actual por la que Dios llega a nosotros es el Espíritu Santo, y descubrir que es una Persona tan real como el Padre y el Hijo, que nos espera para establecer con nosotros una relación de intimidad.

El Padre, para acercarse al ser humano, envía a su Hijo por obra del Espíritu Santo. Y el Hijo, tras su muerte, resurrección y ascensión, con el Padre envía al Espíritu Santo. Ahora, quien siente y sigue al Espíritu siente y sigue a Jesús y al Padre. El Espíritu Santo es mensaje, es presencia, es vínculo de lo más íntimo de Dios con lo más íntimo de nosotros, si es que sabemos reconocer su presencia escondida en las realidades diarias.

Nuestro camino para llegar a Jesús es el Espíritu Santo, como Jesús es el camino para llegar al Padre: del Espíritu a Jesús, y de Jesús al Padre. Así como Jesús hace presente al Padre con su caminar entre los hombres y mujeres de su tiempo, así el Espíritu Santo hace presente a Jesús hoy en nuestro caminar.

En el retiro anterior estuvimos profundizando en el don de la “sabiduría”, que no se refiere a los conocimientos o la instrucción intelectual, sino al “arte de vivir”, de saber conducirse en la vida. Porque hay personas que saben muchas cosas, pero les falta lo más importante: no saben vivir.

En este retiro nos vamos a acercar al don del “entendimiento”. En nuestra vida cotidiana hay situaciones, conceptos... que nos resultan confusos, y tenemos que esforzarnos hasta que podemos decir: “Ya lo entiendo”, ya tenemos una idea clara.

Para la reflexión:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el don de entendimiento?

JUZGAR: El entendimiento es un don.

Jesús dedicó tiempo a prepararle Discípulos al Espíritu Santo, a que pudieran acoger el don de entendimiento. Le gustaba hablar largo, a solas, de persona a persona, incluso arriesgándose a que se interpretasen mal sus palabras, repitiendo argumentos, haciendo preguntas para instruir a cada uno según su carácter.

A los discípulos: Se les olvidó tomar pan y no tenían más que un pan en la barca. Y Él les ordenaba diciendo: “Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes”. Y discutían entre ellos sobre el hecho de que no tenían panes. Dándose cuenta, les dijo Jesús: “¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? (Mc 8, 14-17)

Jesús se queja de sus Discípulos. Él les contaba parábolas, les hablaba con sencillez del campo y las cosechas y los lirios y los pájaros, les hablaba de la vid y los sarmientos, de banquetes y fiestas, de pan y levadura... Y los Discípulos le oían con gusto, pero al final tenían que rogarle: “Explícanos esa parábola...” Y Jesús explica una y otra vez, y luego los emplaza a la cita definitiva, en que el Espíritu Santo vendrá y les explicará todo y les abrirá la mente y los conducirá a toda verdad.

A Nicodemo: Éste fue a ver a Jesús de noche y le dijo: «Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él». Jesús le contestó: «En verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». Nicodemo le pregunta: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?». No te extrañes de que te haya dicho: “Tenéis que nacer de nuevo”; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adonde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu». Nicodemo le preguntó: «¿Cómo puede suceder eso?». Le contestó Jesús: «¿Tú eres maestro en Israel, y no lo entiendes?» (Jn 3, 1-10)

Nicodemo llegó al amparo de la noche. Llevaba sus frases preparadas, eran planteamientos abstractos, casi un diálogo de filosofía. Pero Jesús le responde que el viento sopla donde quiere, y que tiene que volver a nacer. Ante la perplejidad de Nicodemo, Jesús le dice: «¿Tú eres maestro en Israel, y no lo entiendes?» Nicodemo, el “maestro”, no entiende pero quiere entender y por eso se hace discípulo.

A la mujer samaritana: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías agua a mí y yo te daría agua viva.” Contestó la mujer: “¿Cómo puedes darme ‘agua viva’? Jesús respondió: “Ha llegado la hora en que los que rinde verdadero culto al Padre lo adoran en espíritu y verdad.” La mujer le dijo: “Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga nos lo explicará todo.” (Jn 4, 10-25) Con la samaritana, poco a poco la enseñanza paciente de Jesús se abre paso a través de una persona que, con sus prejuicios sociales y religiosos y con su propia historia personal, quiere llegar a entender. Jesús sabe llevar paso a paso su reflexión hasta la revelación que cambia su vida.

A la gente que iba a la fiesta de las tiendas en Jerusalén: “La doctrina que yo enseñé no es mía, sino de Aquél que me ha enviado. Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva.” Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en Él. (Jn 7, 1-39) La persona y palabras de Jesús provocan reacciones diversas: Curiosidad en unos, adhesión en otros, enemistad declarada en otros... Muchos creyeron en Él, mientras que otros cogieron piedras para apedrearlo. Pero, en medio de sentimientos encontrados, Jesús continúa su misión de enseñar, de dialogar, de abrir entendimientos, aunque sus explicaciones no se acepten. Jesús continúa su misión de hacerse entender, de alumbrar el conocimiento en las mentes de quienes lo deseen.

Este empeño de Jesús llega hasta los últimos momentos con sus discípulos durante la Última Cena.

A Felipe le dice: **Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y aún no me conoces?**” (Jn 14, 9). Lo cierto es que millones de personas han oído hablar de Jesús, han admirado su personalidad, han escuchado el Evangelio, han asistido a celebraciones... pero no han entendido ni a Él ni a su mensaje, y han seguido sus vidas como si Él no hubiera pasado por ellas. No es suficiente oír o estar físicamente presentes para entender y amar a Jesús.

En un momento dado, los Discípulos llegan a exclamar: **Ahora sí que hablas claro... por ello creemos que has salido de Dios** (Jn 16, 29-30). Ellos creen que han entendido ya todo, pero Jesús rompe esa ilusión: **Les contestó Jesús: «¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo».** (Jn 16, 31-32)

El don de entendimiento no se obtiene de una vez para siempre, hay que pedirlo constantemente. Por eso Jesús deja a sus Discípulos y nos deja a nosotros la promesa del Espíritu Santo, que continuará la obra de Jesús de iluminar mentes y abrir corazones. El don de entendimiento se ofrece permanentemente a quienes buscan la luz de Dios en sus vidas.

Para la reflexión:

- Medito los textos: ¿Con cuál me identifico más? ¿Por qué? ¿Qué llamadas descubro?

¿QUÉ ES EL ENTENDIMIENTO?

No se trata de la inteligencia humana, de la capacidad intelectual de la que podemos estar más o menos dotados. Es, en cambio, una gracia que sólo el Espíritu Santo puede infundir y que suscita en el cristiano la capacidad de ir más allá del aspecto externo de la realidad y escrutar las profundidades del pensamiento de Dios y de su designio de salvación.

El Espíritu Santo puede derramar este don en una persona que ni siquiera sepa leer y que no haya recibido ninguna instrucción. Esa persona, aunque no sepa explicar con claridad lo que sabe, puede poseer una gran intuición espiritual que le permite entender las cosas más altas y más sublimes de la fe cristiana.

El entendimiento es la capacidad de captar algo de las verdades más profundas de la fe. Y así, cuando uno trata de profundizar en la Biblia, tiene que invocar al Espíritu Santo para que derrame este don con mayor intensidad; porque nuestra mente, sin la luz del Espíritu Santo, nada puede comprender de su verdadero sentido.

También es el don de entender a Jesús, entender su doctrina, entender a su Padre y al Espíritu. Entender por dentro, profundizar, penetrar, llegar al corazón. Se puede leer y estudiar y escribir sobre Dios, sobre la Santísima Trinidad, sin entender, limitándonos a repetir conceptos aprendidos, sin llegar al sentido real de lo que estamos haciendo. Hasta un ateo puede escribir una tesis sobre Jesús y su doctrina.

Podremos tener todos los conocimientos intelectuales, pero nos faltará el entendimiento que lleva a la Persona de Jesús y, por Él, al amor y a la fe. El don de entendimiento nos descubre el sentido profundo de los misterios de Dios a través de las figuras y símbolos de la liturgia y entabla un diálogo perpetuo entre Dios y el alma y va descubriendo la verdad hasta el momento en que podamos ver a Dios “cara a cara”.

El apóstol Pablo, dirigiéndose a la comunidad de Corinto, describe bien los efectos de este don, es decir, lo que hace el don de entendimiento en nosotros—, y Pablo dice esto: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman. Y Dios nos lo ha revelado por el Espíritu» (1Co 2, 9-10). El entendimiento permite *«intus legere»*, es decir, «leer dentro»: Es el don con el cual el Espíritu Santo nos introduce “dentro de Dios”, en la intimidad con Dios, para comprender las cosas en profundidad, como las comprende Dios.

Está claro entonces que el don de entendimiento está estrechamente relacionado con la fe. Cuando el Espíritu Santo habita en nuestro corazón e ilumina nuestra mente, nos hace crecer día a día en la comprensión de lo que el Señor ha dicho y ha realizado.

Para la reflexión:

- ¿Qué es lo que más me ha llamado la atención sobre el don de entendimiento?
- ¿Me acuerdo de invocar al Espíritu Santo antes de leer la Palabra de Dios, de orar, de preparar una reunión...?

ACTUAR: Ved y gustad.

A menudo somos cristianos de superficie, porque nadie puede entender al Señor y a su Evangelio, ni penetrar en la intimidad del Hijo con el Padre si el Espíritu no se lo revela. Por eso hemos de pedir al Espíritu que nos lleve a Jesús.

Si, como vimos en el retiro anterior, el don de sabiduría era “gustad”, el don de entendimiento es “ved”. Ver con los ojos de Dios, entender con su mente, contemplar con su Espíritu. Reconocer la mano de Dios donde otros ven sólo circunstancias humanas, descubrir su Providencia en la historia y su Amor en el sufrimiento. Es alcanzar la visión de profeta, para entender la obra de Dios en la historia humana y en la vida propia, y poder trazar la ruta a seguir, y además saberse corresponsable en el Plan de salvación de Dios.

Hay un episodio del Evangelio de Lucas que expresa muy bien la profundidad y la fuerza de este don: el de los discípulos de Emaús (cf. Lc 24, 13-27). Tras asistir a la muerte en cruz y a la sepultura de Jesús, dos de sus discípulos, desilusionados y acongojados, se marcharon de Jerusalén y regresaron a su pueblo de nombre Emaús. Mientras iban de camino, Jesús resucitado se acercó y comenzó a hablar con ellos, pero sus ojos, velados por la tristeza y la desesperación, no fueron capaces de reconocerlo. Jesús caminaba con ellos, pero ellos estaban tan tristes, tan desesperados, que no lo reconocieron. Sin embargo, cuando el Señor les explicó las Escrituras para que comprendieran que Él debía sufrir y morir para luego resucitar, sus mentes se abrieron y en sus corazones se volvió a encender la esperanza.

Nosotros todos los días leemos las Escrituras, pasajes que conocemos desde antiguo, lecturas cargadas de historia, frases que incluso “nos resbalan” de tanto que las hemos oído. Pero, de repente, cuando menos lo esperamos, un texto se hace luz y toca lo profundo del alma: “¡Si había leído yo mil veces esa frase y no había caído en la cuenta! ¡Si había meditado mil veces ese pasaje y nunca había sospechado su belleza! ¡Si lo sabía de memoria y no entendía su significado...!”

Años de estudio y horas de meditación no habían revelado lo que esta experiencia de luz nos ha revelado en un instante. Ése es el don de entendimiento, el fuego del Espíritu, el eco de Pentecostés. Por supuesto que hace falta formación y meditación; pero, sobre todo, hace falta la confianza de dejarse sorprender por el Espíritu.

Esto es lo que hace el Espíritu Santo con nosotros: nos abre la mente, nos abre para comprender mejor, para entender mejor las cosas de Dios, las cosas humanas, las situaciones, todas las cosas. Es necesario el don de entendimiento para nuestra vida cristiana. Pidámoslo al Señor, que nos dé, que nos dé a todos nosotros este don para comprender, como comprende Él, las cosas que suceden y para comprender, sobre todo, la Palabra de Dios en el Evangelio.

Para la reflexión:

- Leemos las Escrituras, pasajes que conocemos desde antiguo, frases que incluso “nos resbalan” de tanto que las hemos oído. Pero, de repente, cuando menos lo esperamos, un texto se hace luz y toca lo profundo del alma: “¡Si había leído yo mil veces esa frase y no había caído en la cuenta! ¡Si había meditado mil veces ese pasaje y nunca había sospechado su belleza! ¡Si lo sabía de memoria y no entendía su significado...!” ¿He tenido esta experiencia?
- ¿Cómo explicaría ahora qué es el don de entendimiento?

ORACIÓN PARA PEDIR ENTENDIMIENTO:

Espíritu Santo, fuente de entendimiento, te pido que ilumines mi mente y mi corazón para poder comprender las verdades profundas de la fe.

Que tu luz descienda sobre mí para que, aún en mi simplicidad, pueda percibir el misterio de tu Palabra y el amor que habita en cada enseñanza de Dios.

Enséñame a abrir el alma a tu verdad, a recibir con humildad cada inspiración que me regalas, y a contemplar el mundo y las Escrituras con una nueva claridad. Que tu sabiduría se convierta en el faro que guíe cada paso que doy en mi vida de fe, y que mi vida misma sea un reflejo de tu verdad.

Espíritu de entendimiento, condúceme a las alturas de la fe y hazme conocer cada día un poco más del amor divino.

Amén.



RETIRO: “LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO”

III.- VED Y GUSTAD (DON DE ENTENDIMIENTO)

(Extraído de “Gustad y ved – Dones y frutos del Espíritu” – Carlos G. Vallés)

VER:

- Si alguien me preguntase, ¿qué sabría decir sobre el Espíritu Santo?
- ¿Lo tengo presente en mi oración, lo invoco expresamente?
- ¿Cómo explicaría, con mis propias palabras, qué es el don de entendimiento?

JUZGAR:

Se les olvidó tomar pan y no tenían más que un pan en la barca. Y Él les ordenaba diciendo: “Estad atentos, evitad la levadura de los fariseos y de Herodes”. Y discutían entre ellos sobre el hecho de que no tenían panes. Dándose cuenta, les dijo Jesús: “¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? (Mc 8, 14-17)

Nicodemo fue a ver a Jesús de noche y le dijo: «Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro; porque nadie puede hacer los signos que tú haces si Dios no está con él». Jesús le contestó: «En verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el reino de Dios». Nicodemo le pregunta: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?». No te extrañes de que te haya dicho: “Tenéis que nacer de nuevo”; el viento sopla donde quiere y oyes su ruido, pero no sabes de dónde viene ni adonde va. Así es todo el que ha nacido del Espíritu». Nicodemo le preguntó: «¿Cómo puede suceder eso?». Le contestó Jesús: «¿Tú eres maestro en Israel, y no lo entiendes?» (Jn 3, 1-10)

“Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, sin duda que tú misma me pedirías agua a mí y yo te daría agua viva.” Contestó la mujer: “¿Cómo puedes darme ‘agua viva’? Jesús respondió: “Ha llegado la hora en que los que rinde verdadero culto al Padre lo adoran en espíritu y verdad.” La mujer le dijo: “Yo sé que el Mesías, es decir, el Cristo, está a punto de llegar; cuando él venga nos lo explicará todo.” (Jn 4, 10-25)

“La doctrina que yo enseño no es mía, sino de Aquél que me ha enviado. Si alguien tiene sed, que venga a mí y beba. Como dice la Escritura, de lo más profundo de todo aquél que crea en mí brotarán ríos de agua viva.” Decía esto refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyeran en Él. (Jn 7, 1-39)

Hace tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y aún no me conoces?” (Jn 14, 9).

Ahora sí que hablas claro... por ello creemos que has salido de Dios. Les contestó Jesús: «¿Ahora creéis? Pues mirad: está para llegar la hora, mejor, ya ha llegado, en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo». (Jn 16, 29-32)

- Medito los textos: ¿Con cuál me identifico más? ¿Por qué? ¿Qué llamadas descubro?

ACTUAR:

- Leemos las Escrituras, pasajes que conocemos desde antiguo, frases que incluso “nos resbalan” de tanto que las hemos oído. Pero, de repente, cuando menos lo esperamos, un texto se hace luz y toca lo profundo del alma: “¡Si había leído yo mil veces esa frase y no había caído en la cuenta! ¡Si había meditado mil veces ese pasaje y nunca había sospechado su belleza! ¡Si lo sabía de memoria y no entendía su significado...!” ¿He tenido esta experiencia?
- ¿Cómo explicaría ahora qué es el don de entendimiento?

ORACIÓN PARA PEDIR ENTENDIMIENTO:

Espíritu Santo, fuente de entendimiento, te pido que ilumines mi mente y mi corazón para poder comprender las verdades profundas de la fe.

Que tu luz descienda sobre mí para que, aún en mi simplicidad, pueda percibir el misterio de tu Palabra y el amor que habita en cada enseñanza de Dios.

Enséñame a abrir el alma a tu verdad, a recibir con humildad cada inspiración que me regalas, y a contemplar el mundo y las Escrituras con una nueva claridad. Que tu sabiduría se convierta en el faro que guíe cada paso que doy en mi vida de fe, y que mi vida misma sea un reflejo de tu verdad.

Espíritu de entendimiento, condúceme a las alturas de la fe y hazme conocer cada día un poco más del amor divino.

Amén.

